



LEONARDO SCIASCIA

EL CASO MORO

Trad. de Juan Manuel Salmerón.

Tusquets. 208 pp. 18 € Ebook: 7,99 €

Marcó el inicio de los Años de Plomo (el turbulento periodo, en los años 70 y 80, en que Italia se vio sacudida por el terrorismo de extrema izquierda y extrema derecha) y fue a la vez uno de sus hitos más oscuros: el 12 de diciembre de 1969, en la sede de la Banca Nazionale dell'Agricoltura, en la Piazza Fontana de Milán, explotó una bomba que mató a 17 personas e hirió a otras 88. En pocas horas, la policía detuvo a unos 80 anarquistas, entre ellos al ferroviario Giuseppe Pinelli, un pobre hombre que tres días más tarde, aún bajo custodia policial, moriría en circunstancias sospechosas: la versión oficial decía que, debilitado por el ayuno y la falta de sueño, Pinelli, al apoyarse en una barandilla, se mareó y cayó desde el cuarto piso de la jefatura de policía. Fue la «muerte accidental de un anarquista» de la famosa comedia bufa del Nobel Dario Fo.

La ventana correspondía al despacho del comisario Luigi Calabresi. Buena parte de la opinión pública italiana, encabezada por la prensa de izquierdas, le culpó inmediatamente del asesinato. Fo, en su sátira, donde lo presentaba como un personaje ridículo, insinuaba también su culpabilidad. Y el escritor Erri de Luca, militante entonces de Lotta Continua, diría años después: «Cualquiera de nosotros podía haber matado a Calabresi». «Comisario ventana», le llamaban.

A partir de entonces, el matrimonio Calabresi tuvo que acostumbrarse a los insultos, a las amenazas, a las pintadas. Si salían a cenar, el restaurante tenía que estar lejos y ellos se sentaban en un discreto rincón. Si iban al cine, entraban con la película ya empezada. Cuando las pruebas demostraron que ni Calabresi había matado a Pinelli (ni siquiera estaba en su despacho cuando ocurrió) ni Pinelli, naturalmente, había participado en la matanza de Piazza Fontana (la perpetraron terroristas de extrema derecha en connivencia con los servicios secretos italianos), los terroristas ya se habían vengado: el 17 de mayo de 1972, al salir de su casa, a Luigi Calabresi

si lo mataron de dos tiros, uno en la espalda y otro en la nuca.

Dejaba una viuda de 25 años, dos hijos y un tercero en camino. El mayor, Mario, autor de *Salir de la noche* (Libros del Asteroide), tenía dos años. De adolescente quiso saber más. Fue a la hemeroteca, leyó artículos de los meses previos al asesinato, en *Lotta Continua* —órgano de prensa del grupo homónimo de extrema iz-

por
ALBERTO
GORDO

Asesinatos y mentiras en la Italia de los Años de Plomo

El periodista Marco Calabresi relata el acoso y muerte de su padre, comisario de policía, y reivindica a las víctimas de una etapa de azote terrorista que ha generado amplia bibliografía

quierda— y en *L'Espresso*; todos acusaban a su padre de defenestrar a Pinelli (y lo condenaban a muerte). Un ejemplo, del 6 de junio de 1970: «Este *marine* de ventana fácil tendrá que responder por todo. Vamos pisándole los talones, es inútil que forcejee como un búfalo enfurecido». O, en otro lugar: «El proletariado ya ha emitido su sentencia: Calabresi es responsable del asesinato de Pinelli y Calabresi tendrá que pagarlo muy caro».

Eran amenazas mafiosas y se publicaban en la prensa. No en vano, años después, Leonardo Sciascia atribuiría a las Brigadas Rojas técnicas propias de la mafia, como lastimar



las piernas, imponer el silencio y exigir complicidad o protección, propiciar, en suma, que «la invisible presencia del mafioso (o del terrorista) resultase más temible que la del visible carabiniere».

Calabresi se enteró así, por la prensa de aquellos días, de la feroz campaña que había sufrido su familia. Y supo del apoyo que la cultura había prestado a aquella causa construida sobre hechos no

probados (más allá de la sátira de Fo, *L'Espresso* publicó en 1971 un manifiesto acusatorio contra Calabresi; lo firmaban 800 intelectuales, entre ellos Natalia Ginzburg, abuela, por cierto, de Caterina, hoy casada con Mario). La condena definitiva a los asesinos de Calabresi no llegó hasta el año 2000, después de un interminable proceso.

Sentirse ya cadáver.

El libro comienza por una especie de final: en 2004, el presidente de la República concedió al comisario la medalla de oro a la memoria. «Nunca hubiera pensado que una medalla pudiera hacer tanto, siempre lo había considerado un trámite burocrático, un rito rígido y frío, y en cambio veo que ha sido capaz de pasar una página

en la cabeza de mi madre y de mis hermanos, de darles serenidad, ligereza, emoción», escribe su hijo. Después se detiene en otros casos importantes. Como el del magistrado Emilio Alessandrini, al que los terroristas de Prima Linea (comunistas) asesinaron en 1978. En *Muerte de un hombre feliz*, la novela de Giorgio Fontana, el protagonista, inspirado en Alessandrini y en Guido Galli (también asesinado), sale del entierro de una víctima y empieza a sentirse ya un cadáver: «La transformación estaba en marcha, y era extraño... como andar por ahí con un segundo yo, una muerte minúscula que iba germinando con el tiempo, a la espera de brotar».



MARTA BARONE
CIUDAD SUMERGIDA

Trad. de Francisco Javier González. Random House. 304 pp. 20,90 € Ebook: 9,99 €



GIULIANO TURONE
ITALIA OCULTA

Traducción de Perfecto Andrés Ibáñez. Trotta. 384 páginas. 20 € Ebook: 11,99 €



EL BANCO DE PIAZZA FONTANA TRAS LA EXPLOSIÓN DE 1969. ALAMY

Al comisario Calabresi debió de pasarle algo así. Pocos meses antes de morir, había anotado en un papel: «3-11-71. Me han seguido, dos jóvenes a bordo, han tomado la matrícula de mi vehículo». Su mujer encontró la nota en su cartera. Su hijo Mario —que ha sido director de periódicos como *La Stampa* y de *La Repubblica*— recuerda ciertos rituales de la infancia, una cinta con la voz de «papa Gigi» contándoles un cuento, las visitas al cementerio, los primeros años en casa de los abuelos y, pasado ese tiempo, la vida con su madre, más tarde profesora de religión, que sacaba adelante sola a sus tres hijos. También habla con gratitud de Tonino, «el pintor» de pelo largo al que los hermanos aceptaron y quisieron como si fuera su padre. Aunque era muy pequeño, Mario recuerda a los fotógrafos a la puerta de su casa, ansiosos por captar una imagen de la joven viuda —con el pelo pre-

maturamente gris— con dos niños pequeños a su lado y empujando a otro en el carrito. «No tenía derecho a tener nombre y apellido, éramos ‘los hijos de...’», escribe. Calabresi se reconoció en el testimonio de Benedetta Tobagi. A su padre, Walter Tobagi, una de las firmas de más peso del *Corriere della Sera*, lo asesinaron en 1980. La historia de Benedetta, que tenía tres años cuando su padre murió, guarda semejanzas con la de Calabresi (también ella ha escrito un libro terrible y emocionante sobre su padre, *Come mi batte forte il tuo cuore*).

La «verdad» de los hechos. ¿Por qué la extrema izquierda acusó precisamente a Luigi Calabresi?, se pregunta el hijo. ¿Por qué no la tomaron con Marcello Guida, que presentó el suicidio de Pinelli como una autoacusación, o con Antonino Allegra, jefe del departamento de delitos políticos y responsable de rete-



MARIO CALABRESI
SALIR DE LA NOCHE

Traducción de Carlos Gumpert. Libros del Asteroide. 192 páginas. 19,95 € Ebook: 9,99 €

ner al anarquista durante tres días?

El comisario, aventura su hijo, era conocido, hablaba con los periodistas, apostaba por el diálogo, no sólo por la represión, se había reunido a menudo con el editor Feltrinelli —el célebre editor de *Doctor Zhivago* y terrorista secreto—, con el propio Pinelli, con el que llegó a compartir inquietudes literarias. «Los periódicos escribieron después con estupor sobre los libros que se habían regalado la Navidad anterior y que testimoniaban su relación», recuerda la mujer del comisario Calabresi, Gemma. Sus memorias, *La grieta y la luz* (Encuentro), también acaban de publicarse en español.

Al igual que su hijo, Gemma Calabresi intenta fijar, divulgar los hechos probados. Sin embargo, sabemos que en Italia, en aquellos años, a los hechos los envuelve una niebla que lo confunde



GEMMA CALABRESI
LA GRIETA Y LA LUZ

Trad. de Ricardo Rey. Encuentro.
162 pp. 16 € Ebook: 9,99 €

todo. Hay un momento en *Ciudad sumergida* (Random House), la indagación literaria de Marta Barone (otro hija de los Años de Plomo), en el que la autora solicita los «hechos desnudos» acerca de su padre, un médico turinés encarcelado por colaboración con banda armada. Y su madre le contesta: «Los hechos. Nunca serán los hechos, eso lo sabes, ¿verdad?». En cuanto a Calabresi, las teorías sobre la culpabilidad del comisario aún circulan por Italia y emergen con cada sentencia, con cada efeméride, según su hijo, «en parte por ignorancia, en parte por conformismo, en parte por mala fe».

Cita muchos ejemplos. El más antiguo, de 1984, en una manifestación estudiantil a la que acudió en recuerdo de la matanza de Piazza Fontana, cuando la multitud empezó a gritar: «Ca-la-bresi a-se-si-no». Otro día, en Roma, pasó lo mismo en una manifestación de apoyo a Palestina, pero esta vez fueron unas pintadas en un muro, con la misma frase. En 2004, Mario se topó en la calle con unas octavillas: «Basta de mentiras! Luigi Calabresi era un torturador». Y un año después, paseando por Via Calabresi, vio que en la placa, bajo el nombre de su padre, con rotulador, habían pintado lo mismo: «Asesino».

Terrorismo romántico. En el juicio se desmontaron una por una todas las teorías que inculpaban a Calabresi, propias, algunas, de una novela policíaca: incluían, en primer lugar, un golpe de kárate con el que, decían, habían aturcido (o quizás asesinado) a la víctima; una dosis de suero de la verdad que, al parecer, lo indispuso; una ambulancia a la que, supuestamente, se llamó demasiado tarde. Mario Calabresi relata en su libro un extenso y esclarecedor encuentro con Gerardo D'Ambrosio, uno de los jueces del caso. «Pinelli no fue asesinado y su padre no estaba en esa habitación. Eran tiempos en que reinaba la locura», zanja el juez.

En la segunda mitad del libro, el periodista eleva el tono y lanza llamamientos al Gobierno, a la so-

ciudad italiana, a los medios. «Hay que empezar por las víctimas, por su memoria y por su necesidad de llegar a la verdad. «Hacerse cargo» es la expresión clave. Hacerse cargo de las peticiones de justicia, de asistencia, de ayuda y de sensibilidad», dice. Hoy, se lamenta, al asesinato de Alessandrini y de Galli, Sergio Segio, se le suele presentar como un exponente del Grupo Abele, una asociación de lucha contra la pobreza. Y de Anna Laura Braghetti, que mató de siete tiros a Vittorio Bachelet en la Universidad La Sapienza y participó en el secuestro de Aldo Moro, se destaca que «coordina un servicio social para presos».

Según el escritor, en Italia aún existe «una idea romántica del terrorismo» de aquella época (deudora, podría añadirse, de la que impusieron sus propios representantes, algunos de los cuales disparaban simbólicamente con pistolas de partisanos de la Segunda Guerra Mundial), que suele



POLICÍAS Y CURIOSOS EN EL LUGAR DEL ASESINATO DE ALDO MORO.

darle una pátina de legitimidad revolucionaria frente a sus «epígonos de los últimos años». En 2005, aún podía verse a Adriano Sofri, condenado a 22 años de cárcel por ordenar el asesinato del comisario Calabresi, asistiendo al Palio de Siena en el palco de autoridades, junto al alcalde, como un personaje ilustre (en 1998, Carlo Ginzburg llegó a comparar el juicio a Sofri con los procesos inquisitoriales contra la brujería). Por el asesinato de Calabresi, además de Sofri, hoy en

Las teorías sobre la culpabilidad de Calabresi resurgen a veces “en parte por ignorancia, en parte por mala fe”, asegura su hijo

libertad, fue condenado Ovidio Bompresini, indultado en 2006 por el presidente de la República, y Giorgio Pietrostefani, que vive prófugo en Francia.

La peor cara del poder. Los libros de los Calabresi coinciden en España con la reedición de uno de los grandes ensayos sobre los Años de Plomo: *El caso*



ESTACIÓN DE BOLONIA TRAS EL ATENTADO DE 1980. ALAMY

Moro (Tusquets), de Leonardo Sciascia (y con *Exterior noche*, la serie de Marco Bellocchio sobre el mismo caso). El de Sciascia puede leerse en paralelo con aquel otro libro del juez milanés Giuliano Turone, *Italia oculta. Terror contra democracia* (Trotta). Pues ambos, más allá de las víctimas y de los hechos, se centran en gran medida en el actor indiscutible de la época: el poder.

El *Palazzo*, como lo llamaba Pasolini. Comparsa inevitable, oculta, de aquellas siniestras conspiraciones nacionales e internacionales, el poder comparecía entonces, según Sciascia, en su peor versión, o –por utilizar sus palabras– en su «verdadero, profundo y pútrido significado». Y es que el escritor siciliano veía en las Brigadas Rojas (y, por extensión, en todos los grupos que orbitaron a su alrededor, que las precedieron o que las sobrevivieron) un movimiento lampedusiano que consistía, tan solo, en desplazar unas fuerzas, unos poderes, que ya existían en Italia. **L** *Cose nostre*, decía.

Durante los Años de Plomo, el poder se reveló en su “verdadero, profundo y pútrido significado”, afirmaba Sciascia